

Ottmar Ette*

⇒ De islas, fronteras y vectores. Ensayo sobre el mundo insular fractal del Caribe¹

Isla-mundo y mundo insular

En la metaforología occidental, la isla se presenta como figura oscilante: por una parte, puede expresar una condición de conclusión y aislamiento de lo Otro; pero, por otra, precisamente la conciencia de una relacionalidad ligada en forma múltiple con lo Otro. Es, por una parte, en su condición de poder ser abarcada con la vista por estar dotada de fronteras aparentemente fijas, la isla como mundo separado de lo Otro, en el que se materializa y territorializa en el ámbito del pensamiento *una* lógica, como ocurre en la *Utopía* de Tomás Moro, arraigada en el Caribe. Y por otra parte, es aquel lugar que se reconoce como uno de muchos fragmentos, desprendido, separado y sin embargo múltiplemente unido a un continente cuya etimología remite constantemente a ‘lo coherente’. Por un lado, la isla se presenta, en consecuencia, como *isla-mundo* en la que se espacializa una totalidad en su condición de conclusión y aislamiento, para articularse de inmediato, dentro de su espacio interior, en diferentes espacios parciales territoriales, climáticos o culturales. Por el otro, la isla se muestra también como parte de un *mundo insular* que representa lo fragmentario, astillado, mosaico que se caracteriza por múltiples uniones y constelaciones internas. La frecuentemente observada oscilación semántica entre ambos patrones interpretativos, pone en claro que la isla sólo a primera vista –como diría Kant– parece estar “durch die Natur selbst in unveränderliche Grenzen eingeschlossen” (1974: 267), es decir, “encerrada por la naturaleza misma en fronteras inmutables”. Pero ¿cómo se pueden medir esas fronteras naturales y aparentemente tan obvias en la naturaleza?

En su ensayo de gran repercusión y alcance, publicado por primera vez en 1977, en el que trata, si no de sustituir, al menos sí de complementar la geometría de Euclides, el matemático Benoît B. Mandelbrot recurrió al ejemplo de la isla para explicar lo que quería comprender con el concepto de ‘fractales’. Con su pregunta ya célebre “¿Qué longi-

* Catedrático de Letras Románicas en la Universidad de Potsdam, fellow del Institute for Advanced Studies in Berlin. Publicaciones más recientes: Roland Barthes. Eine intellektuelle Biographie (“Roland Barthes. Una biografía intelectual”, 1998); Literatur in Bewegung (2001; traducción al inglés: Literature on the move, 2003), Weltbewusstsein (“Conciencia universal”, 2002), y ÜberLebenswissen (“Saber sobre el vivir/Saber sobrevivir”, 2004).

¹ El presente ensayo fue abreviado y refundido considerablemente para la versión española. La versión alemana será publicada en las actas del ciclo de lecturas “Macht der Grenzen – Grenzen der Macht”, realizado en 2002-2003 por el *Forschungsverbund Lateinamerika Berlin und Brandenburg (ForLaBB)*.

tud tiene la costa de Bretaña?” logró Mandelbrot ilustrar con toda claridad las consecuencias de una medición hipotéticamente sencilla de litorales:

Coastline length turns out to be an elusive notion that slips between the fingers if one wants to grasp it. All measurement methods ultimately lead to the conclusion that the typical coastline's length is very large and so ill determined that it is best considered infinite (Mandelbrot 1983: 25).

Resulta evidente que la longitud de una costa –también recurriendo a los más diversos procedimientos de medición, que Mandelbrot expone– depende, dicho en forma simplificada, de la precisión de la escala que apliquemos en el estudio de determinado litoral, con omisión o inclusión de las bahías, sub-bahías y sub-sub-bahías. Las dimensiones clásicas en números enteros no bastan ya para describir esa realidad, por lo que Mandelbrot, en consecuencia lógica, introduce dimensiones fractales, es decir, no de números enteros. En esa geometría posteulidiana le corresponde una significación decisiva al fenómeno de la autosemejanza, lo cual sugiere y hace posible comparaciones con otras disciplinas científicas: en los dominios de la antropología, por ejemplo, con el *modèle réduit* en el sentido de Claude Lévi-Strauss, o en la ciencia literaria, con la *mise en abyme* que proviene conceptualmente de André Gide. Con estas nociones se entienden –dicho en forma simplificada– partes de una estructura que la contienen íntegra –y por ende se contienen a sí mismas– en forma reducida. También aquí nos ocupamos de una relación fractal, caracterizada por una autosemejanza fundamental a la que, por lo demás, se pueden atribuir diferentes funciones. Las reflexiones de Mandelbrot sobre el carácter irregular, ‘amorfo’ (Mandelbrot 1983: 1 y 423) de las líneas costeras, llaman nuestra atención sobre la naturaleza en cierto modo doble de las islas: las islas se distinguen por la disgregación múltiple, irregular de su dimensión fractal, y al mismo tiempo se pueden comprender por la infinitud que estriba en su autosemejanza. La consideración de los límites de las islas nos llama la atención sobre el doble carácter de las islas en el sentido de fragmentariedad y totalidad; de estructuración fragmentaria, ‘despedazada’, y de una *mise en abyme* que conduce al infinito. La isla, podríamos decir, oscila por consiguiente entre su desprendimiento de un mundo coherente y su integridad como mundo propio que se articula en diferenciaciones sucesivas. Una de las tesis iniciales centrales del presente estudio es que esta base específica dada por el espacio natural trae consigo consecuencias específicas en el espacio cultural.

A diferencia de las fronteras terrestres (entre Estados), las fronteras exteriores de las islas son límites entre tierra y agua y, por consiguiente, marcan una discontinuidad fundamental que, cuando se dan movimientos transfronterizos, obliga, entre otras cosas, a cambiar de medio de locomoción: las carreteras de una isla no salen de ella, no conducen (continuamente) más allá de la isla. Si lo hacen, continentalizan el mundo insular, así como los Cayos o Keys cercanos a la punta meridional de Florida fueron ‘empalmados’ en el sentido más preciso de la técnica vial y con amplias consecuencias. Tal discontinuidad a la par elemental y de medios, constituye una condición esencial para la semántica duplicada de la isla y para aquel movimiento oscilatorio entre fragmentariedad y totalidad, entre mundo insular e isla-mundo. Transforma en una experiencia de mundo vital y cultura cotidiana aquella dimensión fractal que concibe juntas, de modo fundamental en la imagen de la isla, la condición de división y la autosemejanza.

Isla-archipiélago

En un ensayo publicado originalmente en 1976, el teórico de la cultura Darcy Ribeiro examinó la cuestión de si América Latina acaso existe. Partiendo de la situación geográfica comprobó una tensión muy reveladora para nuestro planteamiento entre lo continental y lo insular, ya que América Latina “no plano geográfico” es una “unidade [...] como fruto de sua continuidade continental”, a la que, sin embargo, no corresponde “uma estrutura sócio-política unificada e nem mesmo uma coexistência ativa e interagente” (Ribeiro 1979: 217):

Ainda hoje, nós, latinoamericanos, vivemos como se fôssemos um arquipélago de ilhas que se comunicam por mar e pelo ar e que, com mais freqüência, voltam-se para fora, para os grandes centros econômicos mundiais, do que para dentro (Ribeiro 1979: 217).

El análisis de Ribeiro, con razón, llama por un lado la atención sobre la continuidad plurisecular de una relacionalidad externa, orientada a las necesidades de las respectivas potencias coloniales; por otro, interpreta esa situación de archipiélago como masivo impedimento de una relacionalidad interna orientada a un objetivo; finalmente, califica las fronteras que atraviesan la anecumene, o sea, cordilleras o selvas ‘deshabitadas’, de altamente adversas a la comunicación, de forma que la América Latina del siglo XX, cuya existencia real indaga Ribeiro en ese ensayo que tanta atención ha merecido, es concebida como espacio múltiplemente fragmentado que obedece a una lógica insular estigmatizada por el autor.

Pocos años antes, en su ensayo *Las venas abiertas de América Latina* de 1971 –muy debatido en la década de los setenta y en parte todavía en la de los ochenta– el ensayista uruguayo Eduardo Galeano presentó un análisis comparable, si bien mucho más extenso, que veía en el desarrollo opuesto de relacionalidad interna y externa la causa principal del desarrollo económico tan divergente de las antiguas colonias anglosajonas y las ibéricas: “Esta es también la clave que explica la expansión de los Estados Unidos como unidad nacional y la fracturación de América Latina: nuestros centros de producción no estaban conectados entre sí, sino que formaban un abanico con el vértice muy lejos” (Galeano 1982: 215).

También para Galeano, la situación de archipiélago era, por tanto, sinónimo de extrema dependencia del exterior y de una falta de despliegue de fuerzas internas dirigidas a la creación de estructuras autónomas dentro de la *fracturación* observada por él. En efecto, cabe defender la tesis de que fue el papel destacado de varias islas del Caribe, en particular durante la primera y la segunda fase de globalización acelerada (o sea, después del llamado ‘descubrimiento’ por Cristóbal Colón y en la segunda mitad del siglo XVIII), el que causó la relacionalidad externa altamente desarrollada de las Antillas tanto Grandes como Pequeñas. En cambio, la relacionalidad interna de ese mundo insular fue masivamente descuidada, obstaculizada o impedida, entre otras causas importantes por su pertenencia a diferentes metrópolis y por los consiguientes trazados de fronteras entre las correspondientes posesiones.

En el contexto de estas reflexiones, ciertamente es superfluo tratar detalladamente de las bases comunes de esas vías evolutivas, en parte continuas y en parte tempestuosas, que han dejado su impronta en el Caribe –más allá de todos los trazados de fronteras

políticas y de los más diversos procesos de hibridación cultural— desde su entrada en un contexto económico globalizado y globalizante. Como etapas y rasgos estructurales esenciales de un archipiélago cuyas islas obedecen *a la par* a reglas del juego comunes y divergentes, cabe mencionar: la historia de la conquista, de curso muy variable según la isla, con desplazamiento o exterminio de la población indígena; la transición de una precaria economía extractiva, que incluye la deportación violenta de indígenas de islas vecinas sometidos a trabajos forzados, a una economía de plantaciones, sustentada en la explotación despiadada de esclavos transportados por fuerza de África y orientada en medida cada vez mayor al azúcar, con la necesaria integración en las estructuras rápidamente desarrolladas y continuamente optimadas del *Black Atlantic*; la progresiva mecanización, intensificación e industrialización de estructuras económicas coloniales complementarias, con su continua sustitución de esclavos por mano de obra en servidumbre, jornaleros y *coolies* principalmente de India, China o Malaca, así como también una evolución extremadamente variable de movimientos de emancipación, iniciada desde la independencia impuesta de Haití, en 1804, y que ha transformado el Caribe hasta el día de hoy en la región de seguro políticamente más heterogénea del mundo. En este sentido, la pluralidad de órdenes y lógicas en parte opuestos, y que en sí mismos ya son en alto grado híbridos, puede considerarse como el rasgo estructural fundamental de un grupo de islas que se descompone geográfica, cultural y políticamente en varias regiones parciales que se traslapan al tiempo que se regenera de diversas maneras, y que desde el comienzo fue mucho más que un espacio de tránsito entre Europa y América, y entre el Norte y el Sur del Hemisferio; pues en el fondo, es ese grupo de islas el que ha creado el hemisferio.

La mirada europea colonial e imperial al ‘nuevo mundo’ llevaba desde su origen la impronta insular. Esa perspectiva insular se muestra, con toda la claridad deseable, en el primer mapa, trazado por Juan de la Costa en 1500. De las islas, en parte representadas con una precisión impresionante y en parte más bien inventadas que encontradas, surge la imagen de un espacio circuncaribeño cuyas líneas costeras ofrecen un ámbito suficiente para un continente coherente. Una lógica insular de penetración, conquista y apropiación del espacio se manifiesta en este *mapping* de esferas de poder. Esta interacción entre mundo insular y continente se muestra con claridad no menor en dos bocetos cartográficos recogidos en el códice del veneciano Alessandro Zorzi y sustentados en la crónica de viaje de 1506 de Bartolomé Colón, en cuya parte central se pueden reconocer sin mayor dificultad algunas de las islas antillanas: además de la ‘spagnola’ y de ‘guadalu-pa’, una isla de los ‘canibali’.² Mientras que en el margen derecho del boceto se reconocen la Península Ibérica y África, con las islas cercanas a las costas, la masa continental situada en el margen izquierdo está indicada con el nombre de ‘Asia’ y llega hasta la región septentrional de la China. En el extremo inferior del margen septentrional del boceto, en el que se reconoce la línea costera de Paria, se lee además sin mucha dificultad la designación ‘Mondo Novo’. Sin embargo, sobre ese ‘nuevo mundo’ se proyecta una lógica insular que, recientemente, vuelve a manifestarse en aquellos análisis de Eduardo Galeano y Darcy Ribeiro que hacen énfasis en la situación de archipiélago de la América de cuño ibérico y en la relacionalidad interna que allá se ha ‘desatendido’, con

² Ver, entre otros, Sauer (1984: 220-222, en particular, el mapa 18) y Jahn (1993: 145 y 185).

tan amplias consecuencias. La ‘invención’ y construcción del ‘nuevo mundo’ pasó por el mundo insular del Caribe, sin el cual su evolución no es concebible.

Pedazos de islas y relaciones de islas: construcciones hemisféricas

Tengámoslo, pues, presente: en el principio estaba la isla, al menos en la perspectiva de los europeos. Los mapas mencionados, pero también otros, lo muestran con entera claridad. Pero las apariencias engañan al echar la primera ojeada a los trabajos cartográficos: una isla no es una formación estática fija, sino que debe entenderse vectorialmente como lugar en el que se cruzan y traslapan los más diversos movimientos históricos acumulados; como un campo de fuerzas en el que se conservan esos movimientos. Por consiguiente, una isla podría definirse (y territorializarse) como un lugar de movimiento a cuyos patrones móviles y vectores históricamente acumulados se puede acceder siempre a discreción.

La ‘insulina’ que desde la primera aparición de los españoles fue ‘inyectada’ al cuerpo colonial que se había de instaurar, condujo, en consecuencia lógica, al fortalecimiento de una relacionalidad externa, mientras que la vinculación interna de los puertos y centros de poder con el ‘hinterland’ permaneció rudimentaria. Al respecto me parece necesario hacer hincapié en que los vectores conservados, en cierto modo, insularmente no se asientan dentro de una geometría continua, por decirlo así euclidiana, sino dentro de un espacio repetidas veces roto, caracterizado por numerosas grietas y discontinuidades. No sólo las líneas costeras, sino también los movimientos se pueden comprender en el sentido de estructuras fractales³ con su correspondiente sentido propio y pertinaz.

Con motivo de la ceremonia de entrega del Premio Nobel de Literatura, el 7 de diciembre de 1992, Derek Walcott manifestó su disgusto por la forma turística en que las islas del Caribe se presentaban a sí mismas perdiéndose en la “high-pitched repetition of the same images of service that cannot distinguish one island from the other” (Walcott 1998: 81). Al contrario, de lo que se trata es de desarrollar una memoria específica de cada isla. “All of the Antilles, every island, is an effort of memory; every mind, every racial biography culminating in amnesia and fog” (82). Walcott transpuso este sentido propio y pertinaz de las islas a la literatura y sus géneros: “Poetry is an island that breaks away from the main” (70). Las relaciones entre las dimensiones de espacio natural y espacio cultural y las estético-literarias le resultan evidentes a Walcott: “Antillean art is this restoration of our shattered histories, our shards of vocabulary, our archipelago becoming a synonym for pieces broken off from the original continent” (69). Al concepto que tiene Walcott de la restauración es inherente también la representación de un estado originario, primitivo, al que se puede retornar una vez más.

Derek Walcott puede entenderse, en esta perspectiva, más bien como representante de la isla-mundo en la que la isla deviene un fragmento del mundo entero. Si bien en la representación que él se hace del archipiélago siempre está contenida una multiplicidad que nunca puede resolverse en lo homogéneo, se manifiesta que a cada isla como ‘pedazo’ de una vasija le corresponde en todo momento un lugar fijo, estático, partiendo del cual se puede componer una imagen completa.

³ Acerca del concepto de ‘configuraciones fractales’ ver Mandelbrot (1983).

A diferencia de una isla-mundo esbozada en esta forma, en la que se perfila una relación privilegiada entre el ‘pedazo’ y la ‘vasija’, entre la isla y el continente, el mundo insular de Edouard Glissant no está proyectado a la relación histórico-genealógica con un ‘original’; despliega más bien una ‘poética de la relación’ que desplaza las mutuas relaciones mutables y móviles más allá de lo ‘esencial’ al centro de las reflexiones. En ese procedimiento, no sólo opone a una concepción de la identidad arraigada territorialmente el boceto de una “*identité-relation*” móvil⁴, sino que en todo caso desde la publicación de su influyente libro *Le discours antillais*, en 1981, desarrolla conscientemente una comprensión relacional del mundo insular caribeño: “Qu’est-ce que les Antilles en effet? Une multi-relation” (Glissant 1981: 249). Esta complejidad (multi-)relacional se sitúa más allá de una potencia hegemónica que ya de larga data ha reducido el nombre ‘América’ a Estados Unidos, refiriéndose en consecuencia lógica a la pluralidad de las Américas. Sin embargo, las identidades fijadas –aclara Glissant en su *Poétique de la Relation*– deberían ponerse en movimiento mediante concepciones que ha radicalizado la rizomática desarrollada filosóficamente por Gilles Deleuze y Félix Guattari. Para nuestro planteamiento es, claro está, decisivo que el mundo insular de las Antillas en su multirrelacionalidad, en el sentido que le da Glissant, se abra hacia todo el hemisferio –pero justamente no en el sentido del *American Hemisphere*. Es evidente que a una visión de esa índole ya desde hace mucho tiempo no corresponde el aislamiento disciplinario aún predominante y la ‘división’ del Caribe, y que a ella debería corresponder una investigación integrada de orientación transregional.

En el plano epistemológico y discursivo, la distinción entre ‘viejo mundo’ y ‘nuevo mundo’ regulaba el intercambio asimétrico de conocimientos y de bienes materiales, como la aplicación de biopolíticas que –igual que el desplazamiento de la población indígena, la introducción de esclavos negros o una política de inmigración dirigida con criterio colonialista– se regían, obviamente, por los intereses del ‘viejo mundo’, y en particular de las potencias ibéricas. Con la concepción del panamericanismo de cuño bolivariano, nacida en el contexto del movimiento de independencia y apoyada en parte en expectativas de historia sagrada desacralizada, lo mismo que en ciertas formas de pensar de la Ilustración española colonial, y en especial la neohispana, fue tomando cuerpo a comienzos del siglo XIX una construcción hemisférica que ya se orientaba con primacía a los intereses del ‘nuevo mundo’ y que había de eliminar a las potencias coloniales europeas como factores de poder en América.

Este ‘nuevo mundo’ que Bolívar denominó también repetidas veces “hemisferio” o “nuevo hemisferio” (162) en la “Carta de Jamaica” (1984: 160), fechada el 6 de septiembre de 1815 en Kingston, debía ser, según él, libre en su totalidad, ya que así lo exigía “el equilibrio del mundo” (162) e incluso los objetivos del momento de una Europa interesada en el comercio. Resulta instructivo, claro está, que Bolívar desde la perspectiva insular jamaicana también haya puesto en escena al ‘nuevo mundo’ como isla, siendo, al fin y al cabo, “un pequeño género humano” que habita “un mundo aparte [...] cercado por dilatados mares” (164). Sin embargo, en la perspectiva global característica de su pensamiento panamericano, Bolívar no dejó ninguna duda de que una futura capital del mundo sólo podría estar situada en el continente, en el istmo de América (171).

⁴ Ver al respecto Ette (2001: 472).

De concepción no menos global –y al tiempo hegemónica– son los proyectos del hemisferio que unos años más tarde vienen del norte del mismo. El plan de la Doctrina Monroe, la expectativa de salvación del *Manifest Destiny* y el peso cada vez mayor, tanto territorial como político y económico, de Estados Unidos en el continente americano, marcan la gestación de otro panamericanismo que se desarrolla a lo largo del siglo XIX, un *Panamericanism* que, aunque también pretende limitar la posición de poder de Europa, al mismo tiempo quiere servir, con pleno conocimiento, a los intereses de la (futura) potencia hegemónica de Estados Unidos. Esta exigencia de poder se tradujo en hechos, si acaso no antes, en 1898 con la eficaz intervención de Estados Unidos en la guerra cubano-española y con la eliminación militar definitiva de España como potencia colonial en el Caribe y en las Filipinas. Ya mucho antes, el senador y ministro de Asuntos Exteriores de Estados Unidos William H. Seward, como “profeta de un imperialismo comercial estadounidense de alcance mundial” (Wehler 1974: 14), había esbozado esa evolución y declarado ámbito de influencia directa de Estados Unidos tanto el Caribe como México, cuya capital, según Seward, sería un día “sede de un futuro imperio estadounidense” (citado en Wehler 1974: 14).

La manifiesta división del continente en dos partes, debida a su desarrollo divergente, impidió persistentemente que nacieran corrientes de pensamiento de corte igualitario, si bien José Martí, en su proyecto de *Nuestra América*, claramente marcado por el Caribe, apuntaba a la instauración de un equilibrio mundial, y en la figura final de ese ensayo de 1891 invocaba, en cierto modo, la bendición que eran las culturas indígenas para “la América nueva”, “por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar” (Martí 1975: 23). Es un hecho que desde la tercera fase de globalización acelerada, en las postrimerías del siglo XIX, las exigencias hegemónicas de Estados Unidos se apoyan en la creación de sus ‘propias’ islas móviles, que toman forma de naves de guerra en el corazón de un ‘Mare Americanum’ cuyas dimensiones pronto abarcarán todo el mundo.

Investigación transregional sobre el Caribe

Teniendo en cuenta lo anterior, lo apropiado en el contexto de la actual cuarta fase de globalización acelerada, es desarrollar concepciones que se puedan situar entre un ámbito local o nacional, por un lado, y uno planetario, universal, evitando al mismo tiempo cementar científicamente e intelectualmente las oposiciones simplistas y estáticamente territorializadas entre Estados Unidos o Canadá y los Estados de América Latina y del Caribe. Para una nueva construcción del objeto de investigación América, que ha de ser impulsada precisamente por el lado latinoamericano, todo esto significaría, para empezar, que la adopción de una nueva perspectiva hemisférica del ‘nuevo mundo’ fuera consciente de la preponderancia económica y política de los Estados Unidos, pero sin permitir que ésta se reproduzca en la investigación. Ante todo sería importante enlazar una relacionalidad interna entre diversas regiones del continente americano –por ende, de forma interamericana entre las diferentes Américas– con una relacionalidad externa, evitando que recaiga en dependencias y jerarquías acumuladas históricamente o incluso que, conforme a una visión europea (del exterior) sin reflexión, América siempre deba pensar partiendo de Europa. En este cometido se debería tener en cuenta con carácter autónomo, en mayor

medida que hasta ahora, la constitución de redes entre América y África, entre América y Asia, y también entre las Américas y el mundo árabe.

En esa retificación mundial se trataría, en el sentido de la nueva perspectiva de investigación en los estudios transregionales, no tanto de una nueva territorialización, sino de una dinamización de conceptos del espacio, con el fin de aguzar más la percepción de los movimientos entre las diferentes regiones. Esto se aplica igualmente a los movimientos y los procesos divergentes entre las Américas mismas; a relaciones que justamente en el espacio del Caribe se han focalizado de manera peculiar. En ninguna otra parte se ha manifestado con tanta eficacia y por un período tan largo el poder globalizador de diversas ‘metrópolis’ europeas. En una perspectiva transregional, sería menos una cuestión de espacios que de caminos, menos de trazado de fronteras que de desplazamientos o pasos de fronteras. En este enfoque, las construcciones de objetos en las diferentes disciplinas no deben disolverse, sino unirse unas con otras en nuevas redes, de forma que el objeto que surja de ellas sea más que la simple suma de resultados individuales. El desarrollo de una comprensión adecuada del Caribe sin la inclusión transregional y transdisciplinaria de India y China, de África Occidental y Europa Occidental, parece tan ilusorio como el intento, frecuentemente hecho, de comprender el espacio caribeño en una única perspectiva (nacional-)cultural. Por esta razón es preciso desarrollar nuevas concepciones de relacionalidad, o bien, de movilidad cultural, para comprender el Caribe como un espacio de movimiento fundamentalmente complejo que ya no puede abarcarse con ayuda de un modelo espacial continuo (euclidiano), sino con una geometría fractal y un mundo de representaciones fractales.

En el Caribe no todo está unido con todo simultáneamente, pero sí está en algún momento en contacto –sea esporádicamente o por tiempo más prolongado–. Esos saltos en el espacio y el tiempo, esas irregularidades espaciales y simultaneidades de lo no simultáneo específicas de la evolución, integran la estructuración fundamentalmente compleja del espacio caribeño: no se trata tanto –como lo ha sugerido Antonio Benítez Rojo⁵– de la estructuración caótica, sino de una estructuración *viva*⁶ y dinámica del Caribe que oscila entre caos y cosmos. En una perspectiva de investigación de esa índole, cabe una gran importancia a la literatura como depósito de un saber sobre el vivir, por cuanto que dentro de este sistema fundamentalmente complejo –de manera diferente que en las ciencias– no se tiene que escamotear ni expurgar contradicciones. De aquí que en lo sucesivo la atención se dirija principalmente a trabajos literarios.

La isla-casa como configuración fractal

En un extenso estudio publicado en 1998, titulado *Islands and Exiles*, Chris Bongie, adhiriéndose a la anotación de George Lamming de que no hay geografía más adecuada que la de la isla para el estudio del exilio (1992: 96), ha hecho hincapié en la ambivalencia de lo insular –con la que hemos topado repetidas veces en el curso de nuestras refle-

⁵ Ver al respecto Benítez Rojo (1998: 16 ss. y 413).

⁶ Uso el concepto de lo vivo y de lo fundamentalmente complejo en el sentido del análisis de base biocientífica hecho por Cramer (1993).

xiones, aunque en otra dirección visual– y señalado que la isla es “a figure that can and must be read in more than one way” (Bongie 1998: 18). En efecto, el aislamiento y el exilio, pero también la multiplicidad de lazos y la apertura, son experiencias básicas de las literaturas caribeñas, en cuya historia desempeña un papel decisivo el exilio voluntario o forzoso –pero también la condición de tensión del *a-isla-miento*– y la desterritorialización. Incluso la literatura nacional que seguramente tiene la tradición más rica en instituciones, se ha caracterizado desde su auge en el siglo XIX por un continuo movimiento de sus protagonistas: entre Cuba y México, José María Heredia; entre Cuba y España, Gertrudis Gómez de Avellaneda; entre Cuba y Estados Unidos, Cirilo Villaverde. Frente a la marginación insular de un Julián del Casal o de una Juana Borrero, están los numerosos exilios de José Martí en España, México, Guatemala, Venezuela y Estados Unidos: un ‘recorrido’ que, como los ejemplos mencionados antes, llama una vez más la atención sobre la dimensión hemisférica, ciertamente no sólo de la literatura cubana. Algo semejante podemos decir de fases tempranas de la literatura dominicana, puertorriqueña o haitiana. Son literaturas sin domicilio fijo⁷, cuyo aislamiento guarda una relación paradójica con la *errance*.

Si se consideran las literaturas caribeñas como literaturas sin domicilio fijo, no sorprende que la temática de la casa tenga en ellas una importancia particular. Su delimitación y carácter relativamente cerrado, pero también la posibilidad de compartimentación que hace del espacio doméstico un mundo propio, constituyen rasgos que hacen de la casa el modelo predestinado de una situación insular y de una escritura asentada en ella.

En *Traversée de la Mangrove* de Maryse Condé, cuya estructura espacial guarda estrecha relación con la estructura total de la narración, encontramos un buen ejemplo de espacio con múltiples intrincaciones, dentro del cual corresponde a la casa la función de una *mise en abyme* de toda la estructura espacial de la novela. En el centro ‘desplazado’ de esta novela de la autora guadalupeña se encuentra la casa de múltiples compartimientos del protagonista (quien al final yace en su ataúd): una casa que se articula en un interior y un exterior y ocupa una posición excéntrica frente al microcosmos de la aldea Rivière au Sel. Pero eso no es todo: esta aldea está ligada a Petit Bourg, un pequeño lugar de mayor centralidad que se orienta a Pointe-à-Pitre, que a su vez está integrado en la estructura de dos cámaras de la isla de Guadalupe, que se abre hacia las Antillas Francesas y Guyana, luego hacia el mundo insular del Caribe con Cuba y Haití, hacia los litorales del continente suramericano y del norteamericano (Tierra Firme y Luisiana), hacia el continente americano en su dimensión hemisférica, hacia Europa y en particular hacia la ‘metrópoli’ Francia; finalmente, también hacia África y la India.

No faltan ejemplos ricos en contenido y estéticamente logrados de una configuración semejante de estructuras espaciales en las literaturas caribeñas, ricas en espacios (y tiempos) que se superponen e interpenetran. En la novela *A House for Mr. Biswas* del escritor nacido en Trinidad V. S. Naipaul, publicada en 1961, la casa tiene una función central que caracteriza la vida de un individuo, y también de todo un grupo social. La novela trata de la clase proto-media de procedencia hindú en Trinidad, que lucha por ascender socialmente, y a la que pertenece el autor mismo. Ya en el primer párrafo del prólogo se plasma, no sólo el papel de protagonista de la casa en la Sikkim Street de St. James, Port-

⁷ Ver al respecto Ette (en prensa).

of-Spain, sino también la estructura espacial de la novela. *A House for Mr. Biswas* presenta desde el comienzo espacios interiores de casas que se superponen en la memoria de los personajes, pero también esboza la anterior migración de la familia procedente de la India, así como la migración a Inglaterra, proyectada al futuro. Allí emprenderá estudios Anand, hijo del Sr. Biswas, gracias a las privaciones del padre: una situación que, por lo demás, tiene elementos autobiográficos por su semejanza con la trayectoria de Naipaul. El autor despliega con ternura, ya al comienzo de la novela, la estructura de superposición espacio-temporal, en el interior de la estructura de referencias americano-hindú-europea, para luego volver a abordarla en el capítulo final “La casa”, y por última vez, con ironía y ponderación, en el epílogo.

También en la narración *Tourment d’amour* de Gisèle Pineau están ligadas las estructuras superpuestas a una casa de isla, o más exactamente: al propio “projet d’album inédit sur les cases créoles de mon île” (Pineau 1994: 80) descrito ya al comienzo por la joven prosista en primera persona. Tras la división ‘clásica’ en marco narrativo y narración interior, que son unidas por un encuentro accidental, se esconde un complejo intrincamiento de espacio y tiempo, dentro del cual se narra la historia de Guadalupe desde mediados del siglo XIX hasta fines del XX, plasmada en una sucesión de cabañas y casas que se inicia con el mencionado proyecto de álbum que contiene fotografías de todas las imaginables “cases créoles”. La libertad de movimiento, la inmovilidad y la deportación de los diversos personajes se superponen en las pocas páginas del cuento en forma compleja, pero al final las hace coincidir la autora, que fue criada entre París y Guadalupe, de tal modo que en ese “jour de grande révélation” (87) surge la imagen (literaria) de una historia frecuentemente quebrada, en la que la aislada isla-casa se convierte en fragmento de un mundo que ha de ser completado por los oyentes y el público lector.

Como último ejemplo de configuración fractal que se materializa en una casa en el Caribe, la novela *Dans la maison du père* de la escritora haitiana Yanick Lahens, publicada el año 2000, presenta ya al comienzo la casa del padre, donde se manifiestan las contradicciones en choques rudos, y hasta brutales, entre fachada y patio, entre cultura europea de masas y cultura popular haitiana, entre el importado dominio del cuerpo y el tradicional saber corporal. En el panorama inicial de la novela, que va ganando celeridad hasta culminar en un acto violento, surge la imagen conmovida y conmovedora de toda una vida en la que se superponen el pasado, el presente y el futuro de esa escena (Lahens 2000: 14). Igual que en la obra de V. S. Naipaul, la imagen de la casa atraviesa la novela íntegra con su poder de volver contemporáneo lo que no lo es; como en la narrativa de Gisèle Pineau, la historia múltiple fragmentada de una vida y de una isla renace y nace de una sola imagen que ha incorporado muchas otras imágenes, y como en la obra de Maryse Condé, se abre aquí la casa, compartimentada en forma múltiple, hacia un espacio insular que, a su vez, está abierto, por la(s) migracion(es) del personaje central de la novela y su enlace siempre frágil de dominio del cuerpo con el saber corporal, hacia el mundo –y en particular hacia la imagen de la otra isla tantas veces soñada, la de Manhattan (Lahens 2000: 152 ss.)–. Entre isla y exilio, entre isla-mundo y mundo insular, *Entre l’Ancre et la Fuite*⁸, la literatura haitiana se sitúa para Yanick Lahens en el infinito espacio interior de una literatura que ya no tiene domicilio fijo.

⁸ Ver Lahens (1990) y Ette (2002).

Allende la *Utopía*: la dinámica fractal del Caribe

A esta significación, sólo esbozada, de la isla-casa como configuración fractal se podría añadir el análisis de otras configuraciones fractales, que –como, por ejemplo, el campo o la plantación, o la paradójica estructura de poder de los piratas, corsarios y filibusteros– han tomado direcciones evolutivas específicas del Caribe. Hay que tener en cuenta, y no sólo atendiendo a la omnipresencia del campo –desde las plantaciones de las potencias coloniales hasta el Camp Delta de Guantánamo, pasando por los campos de concentraciones en la época de la “guerra del 95”– que seguramente para ninguna otra región de la Tierra las potencias externas han concebido, por un período tan largo, biopolíticas que hayan estado adaptadas tanto a las condiciones del espacio natural como a las del espacio cultural de un mundo insular.

Esta consideración no quiere decir que entendamos el Caribe como un meta-archipiélago que como tal posea la virtud de no tener ni fronteras ni centro (Benítez Rojo 1998: 18), puesto que la globalización temprana, prolongada y transcurrida en varias fases no sólo ha traído consigo múltiples lazos, sino además una multiplicación de las fronteras que ha encontrado su expresión en los dominios políticos y económicos y ha conducido a la diversidad de idiomas que ostenta la región caribeña hoy. Quizá se podría hablar más bien de una simultánea eliminación y multiplicación de las fronteras: una evolución que hoy continúa con igual celeridad en el ámbito cultural y el literario entre otros: la literatura cubana ya dejó desde hace tiempo de escribirse ‘únicamente’ en español; la haitiana, ‘únicamente’ en francés o en *français créole*. La literatura cubana escrita en Estados Unidos, y también en otros países, hace uso de varias lenguas, como la literatura haitiana, que ha encontrado en Canadá una contra-costa americana continental extremadamente productiva.

Muchos factores hablan en favor de la tesis de Antonio Benítez Rojo, “que la literatura caribeña es la más universal de todas” (1998: 401). Esto no quiere decir, sin embargo, que ‘la’ literatura caribeña, si existiera en singular, estuviera, por decirlo así, liberada de fronteras; más bien éstas se han modificado: las fronteras se han tornado, en general –y los ejemplos citados arriba muestran que no ocurre lo mismo en todas partes– ciertamente más permeables, pero multiplicándose al mismo tiempo. La descripción tradicional (y trillada) de la unidad y multiplicidad del Caribe y de ‘la’ literatura caribeña no es, ciertamente, falsa; pero sí insuficiente, ya que el Caribe y las literaturas caribeñas forman un sistema fundamentalmente complejo que descansa sobre enlaces, superposiciones y autosemejanzas que identifican como fractal la geometría del espacio tanto natural como cultural del Caribe. Al discurso ‘euclidiano’ de unidad y multiplicidad debería, por consiguiente, yuxtaponerse el despliegue de un discurso fractal y la elaboración de una teoría fundamentada científico-culturalmente que haga justicia a los saltos y discontinuidades, a las superposiciones y de-coherencias del Caribe y de sus fenómenos culturales y específicamente literarios.

El aislamiento es sólo una parte de la insularización que abraza en medida creciente todas las evoluciones caribeñas en la cultura, el arte y la literatura: ‘insularización’ quiere decir también una relacionalidad múltiplemente quebrada dentro de un espacio que en ningún aspecto es homogéneo. Calificar de fundamentalmente complejo un sistema de esa índole significa, en último término, que toda consideración *aislada* de literaturas insulares (nacionales) debe tener en cuenta las correspondientes retificaciones transna-

cionales y transculturales que se superponen. Para ello se requieren enfoques transdisciplinarios.

En este punto me parece un procedimiento importante la diferenciación, ya introducida, entre una relacionalidad interna y otra externa, que, claro está, se superponen en múltiples formas. Las referencias a diferentes regiones de África, a la India o a China representarían una relacionalidad externa, mientras que, desde el punto de vista de la investigación hemisférica, las redes que se forman, digamos, entre los correspondientes grupos étnicos tanto en el ámbito caribeño como en el americano continental, representan un fenómeno que se puede describir como relacionalidad interna. Dentro del *Black Atlantic*, el mundo insular del Caribe constituye –por ejemplo, considerando la distribución de los esclavos deportados de África desde 1518– el lugar de trasbordo decisivo entre una relacionalidad externa y una interna. Hasta el día de hoy me parece intacta la relevancia –si bien ciertamente no dominancia– hemisférica de ese mundo insular para todo el continente americano, tanto en el campo de la música como en el de la literatura, pero también mucho más allá de ellas.

Como lo afirma enfáticamente Ana Pizarro en su introducción a la lograda colección de ensayos en edición a su cargo, el mundo insular caribeño está en movimiento constante y marcado por sustituciones incesantes:

Si las culturas no constituyen formaciones fijas sino procesos, cuando nos aproximamos al Caribe esto queda mayormente en evidencia. Allí, los elementos en movimiento, las emergencias, hibridaciones, solapamientos, configuraciones en permanente estructuración, desestructuración y reestructuración, esbozan la dinámica de su esplendor y han perfilado también su desgarramiento (Pizarro 2002: 27).

Estos movimientos constantes y a la par discontinuos, entran en literaturas altamente vectoriales que, en su calidad de depositarias de un saber sobre el vivir acumulado, contienen una multiplicidad de movimientos que –junto con el ritmo y la rítmica– constituyen seguramente el rasgo principal de las literaturas caribeñas. Reducir esto a las características específicas de una literatura periférica ‘discrepante’ equivaldría a caer en el viejo, y hasta hoy observable, error de un purismo descalificante, como el que fustigaba Derek Walcott en su discurso con ocasión del otorgamiento del Premio Nobel, en 1992:

These purists look on such ceremonies as grammarians look at a dialect, as cities look on provinces and empires on their colonies. Memory that yearns to join the centre, a limb remembering the body from which it has been severed, like those bamboo thighs of the god. In other words, the way that the Caribbean is still looked at, illegitimate, rootless, mongrelized. [...] Fragments and echoes of real people, unoriginal and broken (Walcott 1998: 67).

Sería muy fácil sustentar en numerosos ejemplos la constitución vectorial de las literaturas caribeñas y su capacidad, que cada vez resulta igualmente impresionante, de dar espacio *a la vez* a diferentes lógicas y direcciones de movimiento. Sin embargo, el mundo insular del Caribe no sólo es un terreno de la teoría para la praxis literaria, sino también para la praxis teórica misma, que con frecuencia está ligada muy estrechamente a ella. Si se quiere –como ha ocurrido a menudo– comprender el Caribe como laboratorio, entonces se debería agregar que ya de mucho tiempo atrás no se trata de un laboratorio en el que un saber acumulado externamente se traduce en ciertas series experimenta-

les y en las subsiguientes explicaciones, sino en el que se aplica un saber en gran medida generado en el Caribe mismo y de las formas más diversas.

El Caribe ya se ha convertido, desde hace largo tiempo, en un espacio de gran densidad de producción teórico-cultural y teórico-literaria. Los trabajos teóricos de Antonio Benítez Rojo, Aimé Césaire, Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant, René Depestre, Frantz Fanon, Roberto Fernández Retamar, Edouard Glissant, Stuart Hall, George Lamming, Iván de la Nuez, Gustavo Pérez-Firmat y Derek Walcott han rebasado, con mucho, el ámbito de influencia del Caribe y convertido ese mundo insular, en ambos sentidos de la expresión, en un *terreno de la teoría* [*Landschaft der Theorie*]⁹. La región del Caribe se cuenta hoy entre las principales exportadoras de teoría cultural y literaria –además de muchos otros productos de exportación, que, a diferencia de aquéllas, satisfacen condiciones de mercado impuestas desde el exterior. A esa circunstancia seguramente ha contribuido esencialmente la capacidad y necesidad de vivir más o menos simultáneamente en diferentes lógicas. Es sintomático de la generación de teorías en el Caribe, el hecho de que también en esos dominios se observa con frecuencia una simultaneidad de lo no simultáneo, por cuanto que las islas de la teoría generan su campo de reflexión con cierta autonomía, según el sentido propio y pertinaz de los correspondientes puntos de referencia histórico-literarios o metodológicos. Así por ejemplo, la idea de *créolité* se desarrolló en el ámbito francófono medio siglo después de los debates en torno al *criollismo* en el Caribe hispánico; pero se desplegó en un entorno de teoría inconfundiblemente marcado por el postestructuralismo y los incipientes estudios postcoloniales, de tal forma que justamente los *Postcolonial Studies* anglosajones abordaron, agradecidos, la problemática del criollismo y la tradujeron en sus propias teorizaciones. También en este sentido va el Caribe más allá de las fronteras de su propio mar, para asentarse en una geometría fractal que no se deja reducir a simples relaciones de causalidad. Su fundamento común es más bien un complejo saber sobre el vivir y saber sobrevivir, ambos transculturales, que se sustentan en la experiencia de pluralidad heterotópica.

No sólo por su multi-relacionalidad debe ser el Caribe, para los estudios transregionales, un punto de partida seguramente más prometedor que ningún otro, puesto que se ha establecido desde hace largo tiempo, ya no sólo como objeto, sino también como sujeto de la investigación. En el diálogo entre teorías caribeñas y extracaribeñas surgen concepciones que arrojan una nueva luz sobre la evolución cultural en todo el mundo. Justamente los europeos tuvieron el Caribe, desde las postrimerías del siglo XIX hasta bien entrado el XX, como superficie de proyección apreciada de sus utopías. No pocos de esos sueños se han transformado en pesadillas. Sin embargo, en el ámbito latinoamericano siempre se impusieron límites al poder generador de utopías de las islas del Caribe. Así se entiende que no haya sido ninguna coincidencia que Fernández de Lizardi, en su novela *El periquillo sarniento*, nacida entre una Nueva España colonial y un México postcolonial, proyectara la que fue seguramente la primera utopía creada por un autor hispanoamericano, no en el Caribe, sino hacia el Oeste, en el espacio entre América y Asia, sobre una isla de la que podía emanar una crítica social fundamental del Virreinato de Nueva España. Para utopías en el sentido de un contraproyecto perfecto, ya desde comienzos del siglo XIX el Caribe no era, al parecer, apto; pues la región se ha convertido

⁹ Sobre este concepto ver Ette (2001: 531-538).

hoy –así podemos esperarlo– en un mundo insular más allá de la *Utopía*, en un archipiélago que representa la pluralidad de las islas y, más aún, de los mundos.

Traducción del alemán: Álvaro Eljach.

Bibliografía

- Benítez Rojo, Antonio (1998): *La isla que se repite*. (1.^a edición definitiva.) Barcelona: Editorial Casiopea.
- Bolívar, Simón (1984): “Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta isla”. En: *Obras completas*. vol. I: Cartas del Libertador comprendidas en el período de 20 de marzo de 1799 a 3 de noviembre de 1820. Madrid: Maveco de Ediciones, pp. 160-171.
- Bongie, Chris (1998): *Islands and Exiles. The Creole Identities of Post/Colonial Literature*. Stanford: Stanford University Press.
- Cramer, Friedrich (1993): *Chaos und Ordnung. Die komplexe Struktur des Lebendigen*. Mit zahlreichen Abbildungen. Frankfurt am Main/Leipzig: Insel Verlag.
- Ette, Ottmar (2001): *Literatur in Bewegung. Raum und Dynamik grenzüberschreitenden Schreibens in Europa und Amerika*. Weilerswist: Velbrück Wissenschaft.
- (2002): “‘Faire éclater la problématique d’une littérature nationale’. Entretien avec la romancière haïtienne Yanick Lahens à Berlin, le 24 mars 2002”. En: *Lendemains*, XXVII, 105-106, pp. 221-235.
- (en prensa): “Literatura sin residencia fija”. En: González Etxebarria, Roberto/Birkenmaier, Anke (org.): *Literatura cubana hoy*.
- Galeano, Eduardo (1982): *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- Glissant, Edouard (1981): *Le discours antillais*. Paris: Seuil.
- Jahn, Bernhard (1993): *Raumkonzepte in der Frühen Neuzeit. Zur Konstruktion von Wirklichkeit in Pilgerberichten, Amerikareisebeschreibungen und Prosaerzählungen*. Frankfurt am Main/Berlin/Bern: Peter Lang.
- Kant, Immanuel (1974): *Kritik der reinen Vernunft*. Vol. 1 (*Obras Completas* editadas por Wilhelm Weischedel, Vol III). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Lahens, Yanick (1990): *L’Exil. Entre l’Ancrage et la Fuite: l’Ecrivain Haïtien*. Port-au-Prince: Editions Henri Deschamps.
- (2000): *Dans la maison du père*. Paris: Le Serpent à Plumes.
- Lamming, George (1992): *The Pleasures of Exile*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Mandelbrot, Benoît B. (1983): *The fractal Geometry of Nature*. New York: W.H. Freeman and Company.
- Martí, José (1975): “Nuestra América”. En: *Obras Completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. Vol. 6, pp. 15-23.
- Pineau, Gisèle (1994): “Tourment d’amour”. En: *Ecrire la “parole de nuit”. La nouvelle littérature antillaise*. Nouvelles, poèmes et réflexions poétiques de Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant, René Depestre, Edouard Glissant, Bertène Juminer, Ernest Pépin, Gisèle Pineau, Hector Poulet et Sylviane Telchid rassemblés et introduits par Ralph Ludwig. Paris: Gallimard, pp. 79-87.
- Pizarro, Ana (2002): “El archipiélago de fronteras externas”. En: Pizarro, Ana (ed.): *El archipiélago de fronteras externas. Culturas del Caribe hoy*. Santiago de Chile: Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, pp. 15-31.
- Ribeiro, Darcy (1979): “A América Latina existe?”. En: *Ensaíos insólitos*. Porto Alegre: L&PM Editores, 217-225.

- Sauer, Carl Ortwin (1984): *Descubrimiento y dominación española del Caribe*. (Traducción de Stella Mastrangelo.) México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Walcott, Derek (1998): "The Antilles: Fragments of epic Memory". En: Walcott, Derek: *What the Twilight Says. Essays*. New York: Farrar, Straus and Giroux, pp. 65-84 [Originalmente: Walcott, Derek (1993): "The Antilles, Fragments of Epic Memory. The 1992 Nobel Lecture". En: *World Literature Today*, LXVII, 2, pp. 261-267].
- Wehler, Hans-Ulrich (1974): *Imperialismus. Studien zur Entwicklung des Imperium Americanum 1865-1900*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.